

Aquí siguió un diálogo que no es dable á la pluma trasladar al papel.

Aquellas dos almas se habian comprendido.

—Con que ¿no cumple vd. su palabra?

—Necesita oír de mis labios lo que.....

—Sí, Enriqueta, ya la danza termina; no sea vd. cruel, yo la amo á vd. con toda mi alma.

—Pues bien, Carlos, quédese con la hoja y lea mil veces lo que ella dice; hablará por mí.

Cuando el baile terminó, Carlos y Enriqueta se dijeron al estrecharse la mano: “No me olvides.”

EL PRIVADO.

I.

Era á mediados del año de 1677.

Brillaba en el cielo, esplendorosa y bella la luna, y sus rayos de plata, atravesando por entre las ramas de los frondosos árboles que se elevaban en una quinta situada á inmediaciones de la muy noble y muy leal ciudad de Mérida, iluminaban el rostro encantador de Elena.

Tenia diez y ocho años.

¿Será necesario describir detalladamente aquel conjunto de hechizos y perfecciones? Esa edad es la privilegiada de la vida; en ella todo es hermoso, encantador y divino; ese nombre, parece destinado á las heroínas de la belleza. Así, pues, con esto, y decir que su mirada era fascinadora, y su voz tan dulce como la luz de sus ojos, terminaremos su retrato.

Cualquiera que la hubiese visto sentada en un banco de piedra, bajo las ramas de un frondoso roble de aquella quinta, la habría tenido por una de las ninfas del bosque.

En su mirada se descubría la melancolía de su alma.

¿Porqué la luna infiltrará la tristeza en nuestro pecho? De dónde procede ese mágico poder concedido al astro de la noche que así oprime nuestro corazón y arranca de él involuntarios suspiros? Ah! lo ignoramos! pero cuando la luna brilla en el cielo y derrama por el mundo la suave luz de sus rayos, iluminando cuanto nos rodea, comprendemos mejor nuestra soledad: no hay en

nuestros labios palabras sino suspiros, no hay en nuestro pensamiento ilusiones sino recuerdos, y en nuestro ser sino melancolía y á veces desesperación.

Pero volvamos á nuestro relato.

Pocos momentos hacia que Elena se hallaba en aquel sitio, cuando llegó á él, salvando los muros, un jóven que despues de estrechar con ardor la mano de la hermosa, tomó asiento á su lado.....

¿Qué se dicen dos almas enamoradas, en un lugar silencioso y apartado de las profanas miradas del mundo? ¿Qué se dicen dos corazones que palpitan con violencia confundiendo sus latidos en una noche tan bella como lo era la de que nos ocupamos? La pluma no puede trasladar al papel esas arrobadoras escenas del amor, que se sienten, pero que no es dado describir.

Mas como una ley invencible ha condenado á la humanidad al dolor, y viene necesariamente la pena trás el efímero goce que disfruta el alma, aquellos dos seres á quienes embriagaba el amor, dejaron de ocupar.

se bien pronto de su ventura para tratar de un acontecimiento que venia á conmover en su base el edificio de su felicidad.

—Fernan! exclamó Elena; el privado del gobernador ha pedido hoy mi mano. Mi madre me insta para que acepte ese enlace.

—¿El privado? repuso Fernan maquinalmente.

—Sí, el privado, y sabes cuánto tenemos que sufrir los hijos de las provincias á los peninsulares.

Aquel recuerdo hizo afluir al rostro de Fernan la sangre que ya hervia entre sus venas.

—Pero, y tú, dijo, procurando serenarse; tú, ¿qué dices á todo eso?

—Que te amo con todo el ardor de una alma que no ha conocido otro amor que el tuyo, y que no bastará el amor del privado, ni el del gobernador mismo, ni las influencias de mis viejos tios, ni mi madre que me violenta cada vez mas, para que te olvide y acceda á esas pretensiones que serian, realizándose, mi muerte.

En aquel instante, la armonía de un laud pulsado con exquisito gusto y acompañado de una voz dulce y deliciosa, hirió los oídos de los amantes.

—¿Conoces esa voz? preguntó Fernan.

—Hánme dicho que es la del privado.....

Fernan, sin otra despedida que haber alargado la diestra á su amada, que llena de emocion no podia oponer resistencia alguna al paso que iba á dar su amante, lanzóse violentamente por el mismo sitio en que antes habia penetrado.

II.

El caballero de Santiago, don Sancho Fernandez de Angulo y Sandoval, llegado á esa Península en Setiembre del año 1674, era el gobernador de ella.

Hombre muy dado á las fiestas y regocijos, como expresa un antiguo manuscrito, y colocado en aquella posicion que todo lo allanaba, fácil será comprender de cuántas aventuras seria teatro la ciudad de Mérida durante su gobierno.

Don Sancho trajo de España entre las personas de su comitiva, á un jóven de gallarda figura á quien en particular distinguía y colmaba de favores, de donde le vino el nombre de favorito ó privado, con los cuales

era conocido de la mayor parte de la sociedad.

En aquellos buenos tiempos sucedía algunas veces, que tanto los gobernadores como sus parientes ó allegados, quisiesen gozar el privilegio de satisfacer sus pasiones á medida del deseo, como en tierra de conquista, por mas que en ello fuesen la paz y aun el honor de las familias. La juventud sufría entonces mil contradicciones con la llegada de los de la corte, pues no faltaban mujeres que por vanidad contrajesen relaciones con aquellos, viéndose mas de un antiguo amor súbitamente concluido por la llegada de un general ó de algun galan de su comitiva.

Mas, continuemos nuestro relato.

Cuando Fernan en la fiebre de sus celos se precipitó en persecucion de su rival, éste ya sea por la sorpresa, ó bien por cobardía, ello es que aunque llevaba en el cinto una larga espada, huyó violentamente. En vano Fernan hubiera pretendido darle alcance; el privado se habia propuesto desmentir el valor y la dignidad de que tanto alarde hacia.

III.

Las citas de Elena y Fernan, se repetían con frecuencia en la quinta en que los hemos conocido.

En aquellos buenos tiempos, los padres de familia no recibían en su tertulia sino á los franciscanos, á algun viejo pariente, y al gobernador, si alcanzaban esa honra. Y como el corazon ha sido, es y será el mismo, y necesita expansion; como el alma de un jóven no puede vivir sin el aliento que le comunica otra alma amante y ardorosa, y, por mas que en sentido contrario se expresen muchos, el corazon necesita confundir sus latidos con los de otro corazon que palpita junto á él, y el hombre no puede satisfacerse con solo el

lenguaje de las miradas, por expresivo que éste sea, aquellos amantes se procuraban entrevistas nocturnas, á la luz hermosa del astro de la noche, bajo la sombra de algun árbol corpulento, oyendo murmurar la fuente cercana, y embriagándose con el delicado aroma de las flores del primoroso jardin cultivado por las manos mismas de Elena, pasaban horas venturosas que en vano pretendíamos describir; porque ese lenguaje tierno y dulce de las almas enamoradas, no puede traducirse. Cuadros son esos, que el pincel mas diestro no podría trasladar al lienzo, así como jamás se copian esas tintas variadas y esas formas caprichosas de las nubes, cuando el sol refleja sobre ellas en las tardes del estío, sus últimos resplandores.

Pero dejemos á los amantes sonriendo con su felicidad, y veamos la situacion en que iban á encontrarse bien pronto, por la liga formada por el gobernador y su privado, para destruir esa felicidad.

No pasaron muchos dias sin que don Sancho supiese el suceso ocurrido en la quinta.

Una mañana, Jimeno,—así se llamaba el privado—se hallaba en animada y entretenida conversacion con el gobernador, cuando éste le dijo:

—Sé, Jimeno, que habeis quedado en ridículo no hace muchas noches, en una aventura.

—Yo..... señor..... repuso aquel con embarazo.

—Sabeis demasiado que nada se me oculta, y, por consiguiente, es inútil que pretendais guardarme lo que no es para mí un secreto. La otra noche fuísteis á la quinta en que actualmente reside la hermosa Elena, de quien andais enamorado. Ibais á darle una serenata. Cuando aun comenzábais vuestra cancion, la presencia inesperada de un hombre, que no era otro que el amante de la dama que pretendéis, os hizo huir precipitadamente, dejando interrumpido vuestro canto de amor.

—Pero, ¿estais seguro, señor, de que el hombre que ví salir de la quinta es el amante?

—Sabeis, Jimeno, que me intereso dema-

siado por vos; que no hay secreto para los hombres de mi posicion y mis recursos, y que cuando yo pongo la mano en un negocio, no la levanto sin concluirlo, porque para mí no ha de haber puertas cerradas.

—¿Sabeis el nombre del amante? Perdonad si os molesto, pero me interesa demasiado...

—Sí, se llama Fernan de..... aquel jóven de tan hermosa figura por cierto, que con tanta indiferencia trata á los de la madre patria y que tan poco adicto se muestra á mi persona.

—Y permitiríais que.....

—Calma, Jimeno; ya debiais conocerme. Os he dicho y probado que me intereso por vos, y, además, no podria permitir aun sin eso, que un hijo de esta provincia os dejase burlado.

—Con que debo confiar, señor, dijo melosamente Jimeno, en que pronto apartareis de mi camino la sombra odiosa de mi rival?

—Esperad! Por mi cruz de Santiago os juro que Elena será vuestra. Ahora, dejadme solo.

Jimeno se retiró de la habitacion del gobernador, despues de haber hecho uno de esos serviles cumplimientos que indicaban gran práctica en el arte de la adulacion.

¿Por qué don Sancho Fernandez de Angulo y Sandoval, se interesaba tan vivamente en los amores de su privado Jimeno?

El interés ha sido y será siempre el móvil de las acciones humanas. Lo que don Sancho anhelaba era explotar la poca ó ninguna penetracion de Jimeno. Sabia que Elena tenia un amante á quien profesaba un cariño entrañable; él no la amaba, es verdad; pero no por eso queria dejar de atarla al carro de sus triunfos y conquistas. Fácilmente hubiera conseguido la mano de aquella jóven, pues su familia la habria obligado á contraer aquel enlace; pero no era eso, en verdad, lo que él pretendia. Apareciendo el gobernador de la Provincia en lucha abierta con un rival, hijo de ella, hubiera tenido que ostentarse grande y fuerte, ó por mejor decir, tan malo como era en sí, y esto le habria desprestigiado mas de lo que ya lo estaba por una

historia que no es para referida en este lugar. Al verse contrariado en sus pretensiones hubiera tenido que buscar un pretexto, por vano que fuese, para arrojar del país á su rival, ó le habria de envolver en alguna intriga infame que mas ó menos tarde tenia que descubrirse. Así, pues, resolvió que Jimeno, en quien veia el mismo interés, habia de acometer el primero, la empresa. Conseguida que fuese la entrada y aceptacion de su privado en casa de Elena, se interpondria entonces don Sancho. ¿Y cómo no esperar un triunfo seguro y decisivo, ocupando, como ocupaba, una elevada posicion, capaz de llenar las nécias aspiraciones de la familia de aquella jóven? Jimeno, por su parte, no abrigaba la menor intencion sincera respecto á la hermosa meridana, puesto que habia otras, si no tan bellas y de tan excelentes cualidades, sí herederas de cuantiosas fortunas, único imán de aquel audaz aventurero. Jimeno, además, no era en la Provincia sino un instrumento del gobernador.

Sea dicho en obsequio de la verdad, que

en este caso ignoraba las pretensiones de su señor, lo cual no quiere decir que aun cuando fuese de otro modo, no hubiese accedido gustoso á desempeñar ese papel por no perder la sombra protectora de don Sancho, sin la cual habia de quedar reducido á la miserable condicion de simple aventurero, que hasta entonces habia logrado evitar.

IV.

Dos días no mas habian pasado despues de aquel en que tuvo lugar el diálogo que acabamos de referir, cuando Elena y su familia abandonaron la quinta y regresaron á la ciudad, logrando así don Sannho sus propósitos.

De qué medios se valió para conseguir su objeto, lo veremos bien pronto.

Como antes hemos dicho, eran aun aquellos tiempos en que solo se recibia en las tertulias á los viejos, á los frailes y á los gobernadores de las Provincias. Fernan se veia, por consiguiente, privado de ver á su amada con facilidad, y para tener noticias de ella, necesitaba entenderse con algun criado de la

casa, y tampoco podía escribirle puesto que aun no se tenía entonces por conveniente enseñar á escribir á las doncellas; de manera que, aquellos criados que rara ó ninguna vez se dejaban entender lo bastante, no podían satisfacer á un enamorado.

Pero entonces la ciudad de Mérida no tenía tantos edificios como ahora y muchas de las principales casas se encontraban aisladas y guardadas solo por unos paredones, cuya elevación no era en verdad obstáculo para los amantes que, privados como hemos visto de entrar en los círculos de la sociedad, sino en aquellos momentos en que concurrían al acto del matrimonio, convertían el hogar de sus amadas en un teatro de galantes aventuras nocturnas, que rara vez dejaban de concluir en ruidosos episodios que en vano pretendían ocultar los que con su rigidez eran causa de ellos.

Una noche, Fernan envuelto en una ancha y oscura capa, bajo la cual ocultaba una hermosa espada de Toledo, salvó los muros de la habitación de Elena, y la halló en el

pequeño jardín de la casa, esperándole con ansia.

La indiscreta viajera del espacio se encontraba iluminando otras regiones, y solo las estrellas, candidas y modestas como la virgen de los sueños de un poeta, emitían dulces y suaves resplandores, como pequeños diamantes esparcidos en el oscuro manto de la noche.

Después de un saludo lleno de amor y de ternura, y después de un beso tierno y delicioso que robaron envidiosas las brisas que agitaban las blondas trenzas de Elena, que estaba encantadora como un ángel; tras aquellas palabras sentidas que dicta una pasión del alma, palabras elocuentes para los que sienten palpar entre su pecho un corazón sensible, era preciso, decimos, que después de tanta felicidad, viesese á nublarse el cielo de los amantes.

—Samuel me había asegurado, Elena adorada, dijo Fernan, que no volverías á la ciudad sino después de pasado un mes; mas hoy él mismo llegó á participarme que te encon-

trabas ya aquí, y que podía gozar escuchando tu voz y estrechando con ardor tu diminuta mano entre la mía.

—En efecto, Fernan, tal era la disposición de mi madre, que cuidé comunicarte; pero un incidente inesperado la hizo variar de pensamiento. Escucha: hace algunos días nos hallábamos ella y yo en la sala de la quinta, cuando vimos entrar á Fr. Vicente, nuestro confesor. Después de los saludos y cumplimientos de estilo, por insinuación del franciscano hízome salir de la habitación. Yo comprendí en el instante que me alejaban porque iba á tratarse nada menos que de nosotros, mi querido Fernan. Así, me coloqué detrás de una puerta que daba á aquella sala, y escuché, entre otras, estas palabras de Fr. Vicente:—“Sé que vuestra hija tiene citas nocturnas en el jardín de esta quinta con un amante, y que no há muchas noches, al entonar una canción tras de los muros un nuevo pretendiente, el amante los salvó para agredir á su rival. Parece que la prudencia y sobre todo, el deseo de evitar un escándalo

lo que recaería inevitablemente sobre vuestra casa, hizo á aquel huir precipitadamente del sitio. El amante, es, como debeis saberlo ya, Fernan de..... y el rival Jimeno, aquel noble jóven peninsular, privado del señor gobernador y capitán general de la Provincia.” Dió, continuó Elena, mayor entonación y gravedad á sus palabras, al llegar á este punto, y terminó así sus informes: “Estas noticias no pueden ser más dignas de crédito, puesto que el mismo don Sancho me las comunicó anoche en Palacio. Creo, por tanto, doña María, que para evitar la repetición de estos lances, deben vdes. abandonar esta quinta.” Mi madre conferenció largamente con el Reverendo, y el resultado de esta entrevista fué nuestra vuelta á la ciudad. No sabes, Fernan, lo que he sufrido y sufro todavía. Mi familia toda pretende obligarme á conceder mi mano al privado, y solo espera mi resolución para comunicársela, y proceder, dicen, á los arreglos del matrimonio; pero yo, por nuestro grande y puro amor, y ante ese cielo, testigo en este momento de

nuestra ventura, te juro no ser de nadie sino tuya.

—Valor y constancia, Elena mia, repuso Fernan radiante de emocion al escuchar las tiernas protestas de su amada, mas encantadoras en aquellos momentos, como que irradiaba en su semblante el amor, esa embriagadora pasion que todo lo hermosea y encanta; valor y constancia, Elena mia; la voluntad es una omnipotencia cuando quiere serlo, y es invencible tambien. Jimeno, el bajo adulator de don Sancho, no tiene las pretensiones que le atribuyen las personas de tu familia; quiere burlar tu candor. Es demasiado ambicioso para enlazarse contigo que no habrias de llevarle una fortuna cuantiosa. El no te ama; porque el amor, Elena, es para las almas nobles; es el alimento de los corazones sensibles que no se han marchitado con el desengaño, ni se ha infiltrado en ellos el veneno del mundo. Es un lazo primoroso que forman la ilusion y la esperanza, y, al fin, anudan la ternura y el sen-

timiento. El amor es espontáneo; para él no existen sino los extremos, y el poder mas grande es contrarestado fácilmente por el ser mas débil, si su mente se inflama con la llama de una pasion fuerte y poderosa. Sobre todo, no debes ignorar que don Sancho tiene las mismas pretensiones que su privado. Jimeno dará entrada al gobernador despues de informarle del carácter de tu familia, y cuando se le insinúe que estorba, se retirará con destreza, como lo ha hecho en otras ocasiones, para no perder tan gran apoyo. El gobernador..... Elena, este personaje tiene principios é historias que no debo referirte. La Península entera le conoce y deplora ver las riendas del gobierno en manos de un hombre que tan poco se cuida de los intereses del pueblo, y anda solo entretenido en aventuras galantes. Así, Elena mia, tengamos fé y constancia, y tal vez, no muy tarde, recordaremos este mal pasajero; así como recuerdan los navegantes las fuertes borrascas y tempestades que han pasado.

CAPILLA ALFONSO
MAYOR DE LA CATEDRAL DE
S. JUAN DE LOS RIOS

Mil protestas y juramentos siguieron á esta escena.

Momentos despues se retiró Fernan, y todo quedò sumergido en el mas profundo silencio.

V.

Razon, y muy sobrada, tuvo don Sancho cuando dijo á Jimeno que para el poder y la riqueza no hay puertas cerradas. Esta es una verdad, y mucho mayor cuando esas puertas pertenecen á sères dominados por la vanidad y la ambicion, como en efecto lo eran doña María y sus directores.

Muy poco tiempo despues de los acontecimientos que llevamos referidos, recibió doña María al privado, con todos los honores mismos que se hubieran dispensado á un elevado personaje. Los lectores saben que aquella señora pretendia arrancar á su hija una promesa que era del todo imposible si se atendia á la pasion vehemente que la jóven

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD
DE MADRID